

Común

Pierre Dardot y Christian Laval
Barcelona: Gedisa, 2014
672 páginas

Bienes comunes. Un manifiesto.

Ugo Mattei
Madrid: Editorial Trotta, 2013
128 páginas

Somos Coca-Cola en lucha. Una autobiografía colectiva.

VV. AA.
Madrid: La Oveja Roja, 2016
336 páginas

«La despolitización de las ciencias sociales es el pecado mortal de la academia» (Ugo Mattei, 2013: 16)

«Para que no imaginéis os pondrán delante su imaginación. Así que voy a empezar por ella». Esta reseña ha sido pensada como un espacio de *imaginación* desde el que poder abrir los límites de lo pensable tanto en materia teórica como en casos prácticos. Esto implica que no habrá un análisis pormenorizado de los libros, sino que se expondrán dos líneas de imaginación opuestas: por un lado, la lógica hegemónica del capitalismo y, por otro, las diferentes posibilidades en torno a lo común. Para hablar de todo ello y para ampliar los límites de nuestra imaginación política, se han escogido tres tipos de documentos diferentes: un ensayo de Laval y Dardot (2015, *Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*), un manifiesto de Ugo Mattei (2013, *Bienes comunes. Un manifiesto*) y una colección de testimonios pensados como autobiografía colectiva y enunciados por los trabajadores despedidos de la fábrica de Coca-Cola en Fuenlabrada (2016, *Somos Coca-Cola en lucha. Una autobiografía colectiva*). Las tres obras han sido publicadas en un espacio temporal de tres años y, aunque cada una contiene especificidades, al ser tratadas en conjunto —y eso es lo que aquí nos interesa— resultan ser un claro ejemplo de pensamiento, pero también de acción, que nace desde lo colectivo. Y, como decía la cita del principio, será mejor comenzar por aquella imaginación dominante que nos han puesto delante para desarticularla y buscar el engranaje y los motivos que residen en el origen de las tres obras.

En el año 2013, los autores franceses Laval y Dardot publicaron un libro titulado *La nueva razón del mundo* (reseñado en este mismo monográfico por Joaquín Pascual Ivars) donde trataban de explicar cómo era la lógica del neoliberalismo y cómo se había constituido en una 'nueva razón del mundo'; es decir, de qué manera el capitalismo avanzado estaba presente no solo en la configuración de las instituciones sino sobre todo —y esta era la idea fundamental— en nuestra subjetividad. El neoliberalismo, decían, «penetra hasta el pensamiento del individuo, lo acompaña, lo orienta, lo estimula, lo educa» (Laval y Dardot, 2013: 329). En su siguiente obra, la que se aborda en esta reseña, los autores vuelven a retomar en gran medida esa línea de pensamiento y apuntan que en la actualidad esa lógica

NOTAS

1 | Este trabajo se ha realizado con una Ayuda del Ministerio FPUFPU14/01372 para la formación del profesorado universitario.

2 | Díaz, Fernando (2015). *Panfleto para seguir viviendo*, Madrid, La Oveja Roja.

neoliberal cada vez encuentra menos obstáculos para desarrollarse porque nos constituye, configura nuestra subjetividad y se convierte en nuestro inconsciente, de tal forma que señalarlo sin señalarnos a nosotros mismos resulta hartamente complicado.³ Pero también Ugo Mattei —y aquí se da ya la primera coincidencia entre los libros— señala lo siguiente: «Vivimos una situación de extendida inconsciencia política y de aceptación generalizada de la visión dominante del mundo. Si la revolución reaganiana ha sido posible y se ha extendido por todo el planeta, es precisamente porque se ha aceptado la lógica del mayordomo disipador y del pueblo soberano expropiado» (2013: 11). Ese capitalismo hecho fantasma, esa aceptación generalizada de la visión dominante del mundo —la visión neoliberal— afecta a nuestras subjetividades hasta configurar nuestras vidas. El mejor ejemplo se encuentra en el testimonio de una de las trabajadoras de la fábrica de Coca-Cola:

Mi vida sufrió un vuelco, casi un tsunami [...] Y entonces te das cuenta de que habías vivido en ese letargo que te organizan tan bien; en el que la clase obrera no existe, *en el que crees que eres lo que te dicen que eres, en el que no tienes voz y además, bueno, pues estabas ahí tan a gusto y casi ni te lo planteabas, ni lo necesitabas.* (2016: 24)⁴

Partiendo de esta primera idea (el neoliberalismo como lógica hegemónica, como subjetividad y visión predominante del mundo) los tres autores, junto a los testimonios de Coca-Cola, señalan a uno de los culpables: el Estado. Las tres obras denuncian el papel del Estado como un esclavo del mercado que ha perdido su carácter democrático. Ese abandono de la democracia (entendida como el poder *colectivo* de las sociedades) tiene lugar porque el Estado se doblega ante los poderes mundiales y esto no solo lo denuncian Laval y Dardot y Ugo Mattei, sino que puede verse ejemplificada de manera práctica en el caso de los testimonios: es la empresa Coca-Cola, uno de los ‘gigantes’ del capitalismo, quien vapulea a su antojo a los trabajadores que se encuentran completamente *desprotegidos*: «Estos jueces, que se dicen jueces, que se llaman jueces, ¿jueces de qué? Jueces por el dinero del capitalismo. Jueces por un gobierno corrupto, asesino, porque realmente lo es y ha sido uno de los que ha provocado todo esto. Miremos Coca-Cola, Telefónica, Bosal, Panrico y todo provocado por este gobierno que lo que quiere es que estemos sumisos» (2016: 79). En su caso, Mattei utiliza la metáfora del ‘mayordomo’ para hablar del Estado como un mal sirviente que, en lugar de servir a sus amos (el pueblo), les roba y no cumple con sus funciones de protección.

Si la visión predominante del mundo es la visión capitalista-neoliberal (que está siendo secundada por el Estado y su servidumbre a los mercados), nos común», es decir, ante el triunfo de la lógica individualista y privatizadora del capital. La consecuencia directa de todo ello es el desarme político de las sociedades, la pérdida de su carácter democrático (colectivo) porque, siguiendo ahora a Mattei, no solo se les han quitado sus bienes comunes sino también *la posibilidad de pensar, de imaginar y de generar* nuevos bienes al servicio de la colectividad: «cada vez que la autoridad política decide poner en marcha una política de privatización, el gobierno expropia a cada ciudadano de su cuota-parte del bien común expropiado [...] no hay tutela jurídica cuando el Estado transfiere al sector privados bienes de

NOTAS

3 | Aunque conceptualmente hay una gran cantidad de matices entre obras, podría completarse esta reflexión con la de Juan Carlos Rodríguez, quien apunta que el capitalismo difícilmente puede encontrar obstáculos siendo ya el fantasma que recorre Europa -y el mundo- en pleno siglo XXI: «Si la infraestructura (o sea, las relaciones socio-económicas) se convierten en un fantasma evanescente, entonces nadie —y nunca jamás— va a hablar o a luchar contra el capitalismo en sí mismo, sino solo contra sus pequeños o grandes fallos o lagunas: contra los banqueros malos, contra los ejecutivos deshonestos, contra los jueces corruptos, contra los gobiernos aviesos, contra la Merkel déspota, lo que se quiera. No importa, puesto que el capitalismo es nuestra vida sin más y contra eso no se habla. Por eso decimos que hoy el capitalismo como tal, su infraestructura de explotación de vida, ha desaparecido, se ha evaporado de

la colectividad» (2013: 9). Esa tragedia de lo no-común se visibiliza en la experiencia práctica de los trabajadores de Coca-Cola:

Ese fin de semana Coca-Cola organizaba su carrera Marcha es Felicidad, partía a las 10 de la mañana al lado del Parque del Oeste y habíamos decidido convocarnos allí para difundir nuestro conflicto, sensibilizar a los participantes. Allí me presenté. [...] Se había convocado una multitud, todos vestidos con camisetas facilitadas por la marca, una carpa para gente VIP con catering, megafonía. Disponían incluso de un locutor que retransmitía los acontecimientos y todas unas demostraciones de poder, de dinero. No habían escatimado en gastos. Al llegar descubrí que apenas éramos un grupo de 20 o 25 compañeros y sentí lo desigual de la lucha. [...] Curiosamente cuando entraban en la meta, ya no eran una multitud, eran personas individuales que por primera vez nos miraban a los ojos e incluso nos escuchaban. Ese día sentí la incompreensión, el rechazo y se hizo palpable lo desigual de la lucha. Comprendí que era muy necesario seguir gritando y que teníamos que gritar mucho más fuerte. (2016: 84)

Lo que narra esta trabajadora es bien representativo: el gigante Coca-Cola organiza una carrera y tiene una asistencia multitudinaria, pero frente a eso, los pocos trabajadores despedidos de la fábrica se encuentran en minoría. Es este el desarme político, la imposibilización de un horizonte colectivo como alternativa a la individualización neoliberal. La colectividad sin conciencia de clase se pone al servicio de los intereses de las multinacionales, creando así un espejismo de comunidad cuyos lazos solo se sostienen por los factores de dinero y poder de la marca (Coca-Cola en este caso) y no por su conciencia de pertenecer a una clase o comunidad. Lo que pretenden visibilizar los autores es que esa visión hegemónica del mundo y su apoyo por parte del Estado, ha implantado una lógica en la que lo colectivo solo puede existir si es funcional al sistema. Sin embargo, esa colectividad que trata de imaginar formas alternativas al capitalismo, que se queja por los despidos, que reclama sus derechos democráticos... A esa colectividad se le desarma: estamos, pues, ante la «tragedia de lo no-común».

Ahora bien, llegados a este punto puede parecer que el planteamiento de las tres obras es desolador o, por lo menos, derrotista. Sin embargo, su segundo objetivo demuestra que no es así: tras exponer esa realidad hegemónica, tras mostrarnos y hacer visible esa forma de *imaginación capitalista* que nos ponen delante, todas ellas plantean *la alternativa*, una alternativa construida siempre desde principios colectivos:

Es urgente, pues, oponer a este escenario la elaboración teórica y la tutela militante de los bienes comunes —o si se prefiere, de la propiedad común— entendidos como una categoría dotada de autonomía jurídica y estructural, claramente alternativa tanto a la propiedad privada como a la propiedad pública, entendida como dominio y/o patrimonio del Estado y de otras expresiones de organización política formal (Mattei, 2013: 11).

Ahora bien, ¿cómo virar hacia lo común? ¿cómo escapar a esa visión hegemónica del mundo? Dicen Laval y Dardot que es paradójicamente el neoliberalismo quien ha impuesto el giro del pensamiento hacia lo común al visibilizar que el Estado no protege a los ciudadanos del mercado.⁵ El neoliberalismo no solo construye esas lógicas individualistas y desdemocratizadoras, sino que al *radicalizar* sus presupuestos desenmascara una parte de su engranaje y hace posible el giro hacia

NOTAS

nuestro lenguaje de nuestro consciente/inconsciente cotidiano. (Rodríguez, 2013: 13).»

4 | El subrayado es mío.

5 | Algo similar planteaba David Harvey con su concepto de «destrucción creativa».

lo común: al ver que los Estados están al servicio de los intereses de los mercados, una parte de la ciudadanía empieza a cuestionarlos (esto es algo que se ve más claramente en los testimonios): «Y resulta que casi yo no sé ni hablar, porque he estado tantos años callada, porque no me tocaba; que ahora casi me cuesta hasta hablar.» (2016: 91).

Una vez que esa ruptura se ha dado, una vez que ha tenido lugar el cuestionamiento de lo hegemónico, cabría preguntarse: entonces, ¿cómo hablar *de* y *desde* lo común? ¿Cuál es la forma más ‘eficaz’ de hacerlo? Si hay algo que conecta y atraviesa a estos tres libros es concretamente *el aspecto de lo práctico*. Tanto Laval y Dardot como Ugo Mattei desarrollan en sus capítulos finales una serie de proposiciones prácticas que se corresponden con sus presupuestos teóricos para comenzar no solo a *imaginar* una forma de organización diferente a la capitalista sino sobre todo para poder aplicarla: «considero fundamental, por eso, a la hora de estudiar los bienes comunes, integrar plenamente el ámbito teórico y la praxis político-social» (2013: 16). Este hincapié en el aspecto de lo práctico cuando se habla de lo común tiene una importancia capital ya que, como señala el autor italiano, lo que está sucediendo en los últimos años con la circulación creciente de las teorías sobre lo colectivo es que se está desproveyendo a lo común de su potencial revolucionario para convertirlo en otro concepto teórico fosilizado:

Este *Manifiesto*, de hecho, querría conjurar el riesgo de que el discurso sobre lo común, una vez colocado en el *mainstream* académico y científico, acabe por convertirse en una suerte de cliché de la poscrisis [...] desprovisto de su potencial revolucionario teórico y práctico, y revestido de connotaciones políticamente ambiguas. (2013: 17)

Ahora bien, si estos dos libros hacen hincapié en la práctica de las teorías sobre lo común, la obra de *Somos Coca-Cola en lucha* es el más claro ejemplo de los resultados de esa práctica colectiva y su potencial revolucionario: «lo hemos conseguido y muy pronto los 130 que quedan en la calle recorrerán el mismo camino que nosotros hoy» (2016: 225). Dicen los trabajadores de la fábrica en algunos de sus testimonios que sienten, verdaderamente, haber vencido al gigante Coca-Cola (han sido readmitidos en la fábrica)⁶ y que esto solo ha sido posible por su trabajo en común. En casi la totalidad de los testimonios se habla de una ‘gran familia’ unida y con conciencia de clase, una gran familia que peleó por sus derechos aunque pareciera inimaginable conseguir la readmisión en sus puestos de trabajo.

No obstante, llegados a este punto, resulta necesario y es ya una constante en casi todos los trabajos que versan sobre el siglo XXI, abordar la importancia y la problemática que rodea a un elemento concreto: el uso de Internet. Esta herramienta atraviesa, a día de hoy, todas las lógicas de pensamiento posible —la capitalista y anticapitalista— y cumple una determinada función en cada caso. Por ello, también las tres obras problematizan y razonan en torno a su utilización. Mientras que Laval y Dardot ponen sobre la mesa la importancia de Internet como *instrumento de cooperación*, Ugo Mattei cuestiona ese potencial inapelable: «La imagen de Internet como nuevo bien común global, y la propia potencialidad emancipadora de las comunidades virtuales —de Facebook a Twitter— deben abordarse con gran

NOTAS

6 | No obstante, este proceso sigue abierto a día de hoy (año 2016) puesto que han sido readmitidos, pero no están llevando a cabo los trabajos que realizaban antes de ser despedidos y se encuentran, dicen algunos de ellos, desconcertados y maltratados por el juego sucio de la empresa.

cautela, ya que encarnan valores políticos cuya compatibilidad con el ideal comunitario no puede darse por descontada» (2013: 17). Una advertencia necesaria sobre una herramienta que, en el caso de los trabajadores de Coca-Cola, ha sido indispensable. Los trabajadores narran en diferentes puntos de la obra cómo fue precisamente Internet uno de los elementos clave en la lucha por las posibilidades que ofrecía a la difusión de su conflicto. En los testimonios se narra cómo los trabajadores están reunidos en torno a dos espacios comunes: el espacio físico (el campamento a las puertas de la fábrica) y el espacio virtual (el Twitter de Coca-Cola en lucha). De hecho, el libro que ellos publican se va configurando en gran medida a través de escritos y audios que comparten en un grupo de Whatsapp.

23 de enero de 2016: la campaña de financiación popular de este libro finaliza con un notable éxito. Es el segundo aniversario del comienzo de las movilizaciones de trabajadorxs a las puertas de la fábrica. Y el día elegido para desactivar el Campamento de la Dignidad. En el grupo de Whatsapp del comité de redacción de este libro se mantiene la siguiente conversación... (2016: 293).

En definitiva, esta reseña no ha pretendido desgajar uno a uno los apartados de cada libro, sino poner sobre la mesa la forma en que están visibilizando una lógica minoritaria y opuesta al capitalismo-neoliberalismo. En un momento en el que parece que no somos capaces de imaginar antagonismos victoriosos que nazcan desde lo común, estos libros plantean formas de articular nuevas lógicas, *formas alternativas de pensar y de hacer*. Dicen Laval y Dardot: «no hay un solo movimiento de oposición al capitalismo que no esté marcado por *el destino trágico* de las revoluciones en el siglo XX» (2015: 65). Y Ugo Mattei: «estas batallas son a menudo sangrientas y con frecuencia acaban en derrotas. Pero siempre tienen un sentido emancipador» (2013: 12). El capitalismo —y los gobiernos aferrados a él— no solo expropiaban a la sociedad de los bienes comunes sino también de la posibilidad de *imaginar* a la colectividad como un antagonismo victorioso que triunfe sobre el capitalismo. Por eso, lo que hacen estas tres obras es ampliar el espectro imaginativo y, sobre todo en el caso de *Coca-Cola en lucha*, materializar un ejemplo que no está ya solo en la imaginación teórica que aboga por lo común sino que está también en la práctica real —durante dos años— de unos obreros y obreras que se enfrentaron a uno de los mayores gigantes del capitalismo mundial y que a día de hoy pueden decir:

Ahora mismo tengo otra familia espartana que necesito ver a menudo porque somos personas distintas metidas en un conflicto, luchando por el mismo fin y realmente sin la unidad física y psicológica nunca hubiéramos llegado hasta aquí. No sé cómo terminará esto pero lo que sí sé es que afrontaremos los problemas que puedan venirnos y que ya no hay nada a lo que le tenga miedo. (2016: 233)



Imagen extraída del libro *Somos Coca-cola en lucha: una autobiografía colectiva* (2016).